

que dominando la tumba pero bajo otras fórmulas iconográficas. Por último, el relieve de Osuna pudo formar parte de un edificio de forma desconocida, aunque la imagen es de marcado carácter púnico, lo que haría pensar en una construcción referida a los gustos de este ambiente.

Significado y Cronología

La figura del ciervo tuvo siempre en el mundo mediterráneo y en el Próximo oriente unas connotaciones religiosas muy marcadas. Por poner un ejemplo, una de las divinidades del mundo hitita era representada por la cornamenta de este animal, con la que se escribía su nombre: Karhuhas (R.D. Barnett, 1975, p. 73). En la Península Ibérica, sin embargo, tuvo un significado muy especial, siendo uno de los pocos animales de los que conocemos con certeza su filiación a una leyenda. Este es el caso de la cierva blanca que un lusitano regaló a Sertorio (A. García Bellido, 1957, p. 129), siendo el culto de este animal de carácter oracular e incluso oniromántico, puesto que se expresaba por medio de sueños, como recogen en sus escritos diversos autores latinos (J.M. Blázquez, 1975a, p. 58; 1981, p. 187). Estos asocian el ciervo con una divinidad similar a Artemis-Diana, unida no sólo a la caza, sino también a la luna y a la reproducción continua de la vida (A. Blanco, 1964, pp. 333-4). En Mérida, además, se relaciona con Ataecina, asimilable a Proserpina, y muy relacionada por lo tanto con el mundo de ultratumba.

La leyenda de la cierva de Sertorio no señala, sin embargo, el inicio del culto a este animal, sino que más bien refleja una larga tradición religiosa en este sentido. Para confirmar esta hipótesis tenemos muchos ejemplos de objetos de carácter ritual en los que aparece la figura del ciervo, y que se fechan a partir del período "orientalizante". Muchos de ellos fueron recogidos en los trabajos de A. García Bellido (1957, 1958), contándose entre los de aparición más reciente el jarro de La Joya (Huelva) o los ejemplares de la Sierra de Vilches y Cástulo (J.M. Blázquez, 1975b), así como la base de lámpara de Los Marroquies Altos, procedente de Jaén como los anteriores (A. Blanco, 1964, fig. 6).

Así pues, aunque sabemos que fue en territorio lusitano donde este culto estuvo más extendido, tanto los objetos cerámicos y metálicos antes citados como las propias manifestaciones escultóricas nos muestran claramente que el ciervo tuvo una aceptación generalizada en el mundo ibérico, con raíces en épocas anteriores. Por otro lado, esta figura tuvo gran aceptación en toda la Península, y desde la conquista romana tenemos datos sobre su aparición en contextos indígenas, tanto en ambientes puramente religiosos como en conexión con el mundo funerario, asociado en ocasiones al caballo y el jabalí (J.M. Blázquez, 1975a, p. 60; F. Marco Simón, 1978).

Entre los pueblos ibéricos el ciervo era objeto de caza para complementar la dieta de carne, es decir, con un carácter exclusivamente económico, co-